
EL LENGUAJE DEL VESTIDO

CLAUDIO MALO GONZÁLEZ

Los símbolos son parte de la realidad en que nos desenvolvemos los seres humanos, en cuanto nos comunicamos recurriendo a objetos de distinta naturaleza de aquellos a los que nos referimos. El lenguaje es el sistema de símbolos, con mucho, más difundido y usado. Extendiendo este término podemos hablar de lenguajes de otras creaciones humanas en cuanto comunican situaciones diferentes a su apariencia. La función básica del vestido es cubrir el cuerpo para protegerse de las condiciones del ambiente, pero además puede comunicar una serie de situaciones ajenas a esta función, lo que justifica hablar de un lenguaje del vestido.

Una de ellas es comunicar el género al que pertenecen las personas que los visten, siendo esta diferencia distinta en las diversas culturas, como suele ocurrir con el idioma. Las ideas de pudor son generalizadas y el vestido responde a ellas estableciendo lo que es aceptable mostrar u ocultar. También comunica los estamentos sociales a los que pertenecen los usuarios según las normas de cada sociedad, así como la pertenencia a determinados grupos como es el caso de los uniformes. En otros casos se usan con fines ceremoniales según lo que se pretenda realizar o demostrar. Este artículo aborda algunos de los sentidos que las prendas de vestir tienen dentro de las colectividades correspondientes.

Símbolos y comunicación

Como integrantes del reino animal, tenemos que comer para nutrirnos, que cubrir el cuerpo para protegernos de las inclemencias del tiempo, que dormir para recuperar fuerzas. Estas y otras necesidades las satisfacemos partiendo de cómo nuestra estructura biológica está conformada. La manera de salir adelante de estas apetencias varía de especie a especie; mientras los vacunos, para nutrirse limitan su alimentación a vegetales, pastos y los leones y tigres solo ingieren carne –para ponderar lo absurdo de una propuesta, suele decirse que es como volver vegetariano a un león- nosotros nos calificamos de omnívoros porque nuestras condiciones orgánicas nos hacen receptivos a una gran variedad de alimentos.

Nuestro sistema de relaciones con la realidad que nos circunda, va mucho más allá de las limitaciones biológicas. Nuestro psiquismo superior altamente desarrollado nos posibilita llegarnos a los entornos físicos humanos con otra visión para conocerlos y, cuando se trata de actuar, recurrir a estrategias distintas. La vida humana es cambio, tanto a nivel individual como colectivo y la iniciativa de ese cambio nace de nosotros. No se trata tan solo de adaptarse a las condiciones que el medio nos impone, también modificamos al medio de acuerdo con las condiciones que nosotros queremos tener.

Esta capacidad nos lleva a crear un universo diferente que se gesta en nuestras ideas. Antes de cualquier invento –cambio e invento están cercanamente emparentados- los cambios se dan primero en nuestro interior, en el mundo de las ideas. Antes de iluminar el bombillo eléctrico, ya existió en la mente de Thomas Alba Edison iluminando sus ideas. Esta realidad, creada de muchas maneras, -la libertad es esencial a la creatividad,- se denomina desde un enfoque antropológico cultura.

Posiblemente el hecho de mayor importancia en el distanciamiento entre nuestra especie y las demás fue el inicio del uso del lenguaje. Los símbolos nacidos de nuestro psiquismo superior constituyen otro universo del que no podemos prescindir y el lenguaje es el código más usado. Mediante el lenguaje expresamos contenidos de diversa índole que se encuentran en la realidad y creamos una serie de significados que, de alguna manera, enriquecen nuestra relación con el medio. Tratándose de la vestimenta es posible poner de manifiesto una gran variedad de significados según las diversas situaciones de la cultura. Podemos hablar de un lenguaje del vestido en cuanto es portador de símbolos e informa situaciones y condiciones.

Vestido, entorno natural y estructura corporal

La función básica del vestido es proteger al cuerpo de las inclemencias del clima, igual lo hacen el esquimal en Alaska con su atuendo de piel de oso polar que el beduino en el desierto con su túnica para mitigar el calor solar, pero hay otras manifestaciones e ideas que el vestido transmite a los demás, como la modelo en una pasarela, el disfrazado en una fiesta, el militar en una parada, el clérigo al celebrar un oficio, el obrero en su trabajo específico, el alumno@ de un centro educativo.

Mediante el vestido manifestamos la situación en la que nos encontramos, como la novia el día de su matrimonio. El jefe de una

tribu selvática muestra su condición dentro del entorno en el que vive luciendo algún tipo de atuendo. La corona de plumas en la región amazónica -la consideramos como una prenda de vestir, aunque otros crean que se trata de un adorno- indica que quien la porta es el que mayor autoridad tiene y que no necesariamente la usa en la vida cotidiana. Se trata de componentes culturales del ropaje que varían de cultura a cultura.

El sentido y limitación del vestido puede cambiar, como lo ocurrido en la cultura occidental las últimas décadas. Estaba claramente definido que el pantalón era una prenda exclusiva del hombre y el vestido de la mujer. Así como en nuestros días causaría enorme sorpresa que un hombre vista faldas en la vida diaria, hace unas décadas era igualmente sorprendente que una mujer use pantalones, ni siquiera en situaciones necesarias como cabalgar. En nuestros días el pantalón se ha convertido en una prenda bisexual y predomina su uso en las mujeres.

La idea inicial a este cambio consideraba que, al usar una prenda masculina, la mujer renunciaba a los encantos propios de su género y se masculinizaba; esta visión ha cambiado ya que



en los conglomerados humanos se considera que los atractivos femeninos igual se destacan con falda o pantalón. No se ha dado ningún paso en el uso de faldas por parte del hombre, ya que estas prendas mantienen la connotación cultural de identificar al género femenino. La vestimenta es un componente de las formas de vida que pueden cambiar parcial o totalmente, ya que no somos estáticos.

Si la función básica del vestido es protegerse de las condiciones del ambiente, lo lógico sería que fuera funcional para cumplir con este propósito y que, además, no afecte a la comodidad de quienes las usan considerando que vivir es actuar con mayor o menor intensidad. En el caso citado de los esquimales y los habitantes de la región amazónica se da esta condición. Pero al intervenir factores ajenos a esta funcionalidad, no es raro que interfieran con la comodidad y que quienes la usan prefieran dar prioridad a otros factores propios de los entornos culturales en que viven.

El cuerpo humano tiene su diseño que responde a su condición biológica. Proporcionalmente la cabeza es más grande, ya que protege a un cerebro más desarrollado, las manos están liberadas de sustentarse o movilizarse y su función es, como múltiple herramienta, manipular de diversas maneras objetos. El pie se ha especializado para la sustentación y la movilización al haber desaparecido el pulgar oponible y contar con un arco que facilita la movilización, este diseño funciona para mantenerse perpendicular al piso, protegido por algún tipo de calzado. Por lo menos en la civilización occidental, está ampliamente difundido, sobre todo en las mujeres, el uso de tacones altos que fuerzan la posición del pie con relación al piso, con las consiguientes molestias y limitaciones. Se da mayor importancia a elevar la estatura y resaltar la figura del cuerpo que a adecuarse a las peculiaridades naturales.

Debe la vestimenta adecuarse a las condiciones del clima pero, en un pasado no muy lejano, hombres y mujeres preferían usar pren-

das que contradecían la necesidad de aliviar el calor en zonas tropicales, como las cortes de Brasil mientras fue imperio. Ceremoniales de diversa índole no respetan las condiciones climáticas ya que se da mayor importancia a patrones culturados creados que a la adaptación al medio que es propia de nuestra condición animal. Condicionamientos culturales como colores responden a patrones sociales, pero no afectan a la estructura de los cuerpos. Pero en otros casos sí; la deformación del pie de las mujeres en la China del pasado para reducirlos, es una muestra de cómo patrones culturales, relacionados en este caso con la idea de belleza del cuerpo femenino, llevan a situaciones sorprendentes, por decir lo menos, como es la valoración de la pequeñez del pie como símbolo de belleza.

Vestido y condición social

El vestido nos dice también cual es la condición de las personas que los lucen. Los militares, mientras tengan esa calidad formal, deben usar vestimenta que al gran público señale su condición. Además



de este mensaje general, hay variaciones que indican el arma de la que forman parte, como marina o aviación y, dada la condición jerárquica de esta institución, el nivel que tienen; en unos casos si se trata de oficiales o soldados comunes y, dentro de estas condiciones generales, mediante signos la categoría.

Algo similar ocurre en el ámbito de lo religioso. Hasta hace unas décadas, todo sacerdote católico debía vestir sotana en la vida cotidiana para que el público reconozca de inmediato, su condición. La pertenencia a diversas órdenes religiosas se expresa también mediante colores y modelos de la vestimenta. En el caso de las religiosas, esta distinción se mantiene, no solo para indicar su condición, sino la comunidad de la que son parte. En otras religiones, como la budista, la túnica de color que visten los monjes se mantiene y quienes asumen esa condición tienen la obligación de vestir de esta manera permanentemente. También se manifiesta el rango con variaciones en los vestidos, como es el caso de los obispos y demás jerarcas.

Los denominados uniformes de algunas instituciones podrían estar en esta categoría. Los más generalizados son los de centros educativos; no se trata de una disposición general, cada establecimiento decide los modelos y colores. Se considera que, mediante esta práctica, se robustece el sentido de pertenencia que satisface los intereses de la institución y del estudiante. Se ha discutido si vale la pena mantener esta modalidad pero, en nuestro medio, predomina la tendencia positiva.

Desde hace algún tiempo el uso de uniforme se ha extendido a instituciones de trabajos, como oficinas. Al igual que en los centros educativos, se trata de establecer la vinculación laboral de los trabajadores con la empresa por razones de identidad y, con frecuencia, de control. Usar el uniforme de determinada oficina o banco refuerza la imagen de unidad que no la tendría si cada

empleado se vistiera a su antojo. Hay también casos de tipos de vestimenta según el oficio como el de los meseros de salones.

Vestido, identidad y ceremonial

Partiendo de que identidad es el conjunto de rasgos que distinguen a una colectividad de otra, desde el punto de vista antropológico cultural, uno de los rasgos suele ser la vestimenta; no se trata de una decisión de autoridad como el uniforme de un centro educativo o de



los militares, sino de expresiones forjadas a lo largo del tiempo y con contenido histórico. Las personas visten voluntariamente ese ropaje, pero pesa mucho en esta decisión el fuerte sentido de pertenencia que quieren mostrar a los demás. Puede, y de hecho ocurre, que personas de un grupo decidan cambiar de vestuario, lo que, por regla general, indica que ha perdido peso su sentido de identidad o, a la inversa, que la persona quiera dejar de identificarse con el grupo y para lograrlo, deja de vestir como lo hacía.



La tradición es el factor que legitima esta identidad a través del vestido. Es muy frecuente que determinados grupos étnicos sean identificados por esta expresión corporal, lo que ocurre con colectividades indígenas en América o negras entre las tribus del África, pero también tiene que ver con tipos de grupos que se identifican por su condición social y forma de vida. En América tenemos los casos de los gauchos argentinos, los huasos chilenos, los charros mejicanos, entre otros, que están vinculados con trabajos agrícolas –en los casos mencionados en los que el caballo es un elemento fundamental- y, además de sus destrezas sobresalientes en el manejo de las cabalgaduras y el tratamiento a los vacunos, se caracterizan por formas de vida propias que les diferencian de los demás integrantes de la cultura global, como preferencias por comidas, pautas de cortejamiento a las mujeres, sus actitudes frente a los que no forman parte de su grupo, sobre todo los habitantes urbanos.

Siendo, tradicionalmente el vestido un factor para reforzar las diferencias de género, estas peculiaridades se dan, quizás con más fuerza, en las mujeres



en cuanto las personas de los subgrupos mencionados del género femenino, demuestran su condición y sentido de pertenencia mediante el ropaje y los adornos a él vinculados. Hay también casos en los que el tipo de vestuario se circunscribe solamente al género femenino. El caso de la chola cuencana es un ejemplo, ya que se circunscribe a un grupo de mujeres de esta ciudad y su área de influencia, que se caracteriza por determinadas condiciones sociales y ocupacionales y que las personas visten con satisfacción y a veces con orgullo. Cholas, con características similares, hay en otras partes, siendo renombradas las cholos paceñas en Bolivia.

Dentro de esta vestimenta identificatoria hay elementos que indican el grado de holgura económica y respetabilidad social de quienes las usan. En el caso de la Chola Cuencana, una de las prendas es la macana -chailes elaborados con técnica ikat- en las que se puede hacer una catalogación según sea de vida diaria o de fiesta. El color, sobre todo en el pasado, era un indicador de la condición de quien la usaba, si era casada, viuda o soltera, por ejemplo, para que los integrantes de la comunidad sepan la actitud y comportamiento que debían asumir frente a ellas.

Con variaciones, hay vestidos que se usan en la vida cotidiana –los de diario como los califican algunos- hay otros cuyo uso es ocasional ante determinadas situaciones que tienen un carácter especial. Podríamos calificarlos de ceremoniales siendo ejemplos claros los de sacerdotes para la celebración de determinadas ceremonias o los que en algunos países visten los jueces en los tribunales. Están identificados con tareas específicas importantes en las colectividades. Mirar a un sacerdote católico haciendo compras en un mercado en un día cualquiera con ornamentos para celebrar misa causaría, cuando menos, sorpresa al igual que en una ciudad de algún país encontrar en un restaurante común a jueces degustando una hamburguesa rociada con cerveza, vestidos con los atuendos de los tribunales. Hay

ceremoniales no oficiales como una boda.

La suntuosidad suele ser un factor con cierta frecuencia relacionada con ceremoniales. En nuestra área andina, sus integrantes blancos y mestizos están pendientes de determinadas ocasiones –generalmente relacionadas con religiosidad- para vestir fuera de lo común. Los danzantes en diversas manifestaciones de religiosidad popular, realizan sus actividades vistiendo atuendos muy distintos y llamativos que a veces representan situaciones diferentes a la realidad cotidiana. En las fiestas del Corpus Christi los danzantes de Pujilí en el Ecuador, se caracterizan por la majestuosidad y originalidad de su ropaje. No es que quienquiera puede usar esa vestimenta, para poder hacerlo hay que reunir determinadas condiciones establecidas y sancionadas por las comunidades, siendo motivo de honor acceder a esta distinción.

Ver a la novia que se casa con un vestido común, causa extrañeza pero no desaprobación. Sería mucho más sorprendente que, días después de contraer matrimonio, se reintegre a su trabajo luciendo el vestido de novia. Los funerales son actividades en las que, de alguna manera, cuenta la vestimenta de los deudos. En el ámbito occidental el color ha sido un reconocido indicador de luto, siendo el predominante el negro, no solamente para la asistencia al sepelio sino como señal de luto por un período de tiempo. Hasta hace unas décadas, las viudas debían mantener una vestimenta de este color por toda la vida o hasta contraer otro matrimonio. Socialmente funcionaban normas convencionales sobre el tiempo para vestir de este color según la vinculación de parentesco con el fallecido.

En China se considera que el color del luto es el blanco. Las diferencias culturales son múltiples como lo demuestra este contraste ya que en occidente blanco no es señal de pesar sino de júbilo como lo expresa el color de la vestimenta en determinadas celebraciones como el matrimonio para la novia, la primera comunión para los ni-

ños. Por lo menos en nuestro entorno estas prácticas se han debilitado con tendencia a la desaparición. Cada vez, sobre todo en sectores urbanos, las personas de clase media y alta restan importancia al color de vestimenta relacionada con la muerte, si bien se lo mantiene en áreas campesinas.

Disfraz y estatus social

Disfrazarse implica recurrir a otra vestimenta que indique la situación transitoria del disfrazado. Se trata de una forma de vestir que dura poco tiempo, de acuerdo con el tipo de celebración de que se trate. Hay patrones ampliamente generalizados como el payaso cuya función es realizar actividades festivas que provoquen hilaridad entre los que observan. Los disfraces están vinculados a celebraciones que hacen



pausa a la vida cotidiana con la intención de vivir momentos de deleite al incursionar, por poco tiempo, en realidades que se sabe son ajenas a las formas de vida. Se trata de una evasión placentera de las exigencias de la vida diaria y el disfraz refuerza esta separación. Hay festividades generalizadas como el carnaval que con gran frecuencia se identifica con el disfraz avalado por viejas tradiciones. Célebres son, por su secular tradición histórica, los de Venecia y en nuestros días tienen renombre mundial los de Río de Janeiro.

La variación voluntaria en la vestimenta no se limita al disfraz. Claras o encubiertas, las personas se diferencian por su pertenencia



cia a grupos sociales jerarquizados. Las sociedades no son estáticas, de manera que –salvo casos como la sociedad de castas de la India– funciona la movilidad social mediante la cual los integrantes de una cultura aspiran a llegar a mejores estamentos y sentir satisfacción cuando así ocurre. Para ello recurren a vestuarios que, de alguna manera, indican esa posición. En el pasado la situación era más clara ya que había normas generalmente aceptadas que establecían que para vestir tal tipo de indumentaria se necesitaba ser parte de un grupo reconocido legalmente por los privilegios con que contaba. Si alguien contravenía estas normas con prendas propias de grupos sociales más altos, además de la reprobación social podía ser objeto de sanciones claramente establecidas.

Estas prohibiciones se extendían a los materiales. Durante la colonia, solamente las personas consideradas como blancas podían usar prendas de seda; había una norma legal en Lima en virtud de la cual si una persona –sobre todo del género femenino– que no era de esa raza lo hacía, merecía penas como la confiscación del vestido a la que se añadía azotes si es que se reincidía y llegaba a la expulsión de la ciudad. La ropa era un indicador de status social reconocido y las que disfrutaban de esos privilegios eran celosas en evitar que otras invadan su territorio. En las últimas etapas de la colonia la administración española vendía las condiciones sociales y se dieron caso de mulatas que las compraban y así ostentaban poder vestir seda. De esta situación surgió el viejo aserto “aunque se vista de seda, la mona se queda”.

Condición social y homogenización

Desde distintos ángulos, toda sociedad se caracteriza por diferencias sociales entre sus integrantes, dependiendo de muchos factores, entre otros la condición económica. El tipo de vestido es un indicador

que responde a tales condiciones y también, a veces un medio para aparentar la pertenencia a determinados niveles superiores. La moda es el factor que, en gran medida, está vinculado con esta situación social. Podemos hablar de modas permanentes que se mantienen por un mayor período de tiempo y que se daba, sobretodo, en el pasado en cuanto los vestidos, a veces por decisión de autoridades, obligatoriamente debían ser usados por los que formaban parte del estamento correspondiente. En algunas ocasiones determinadas prendas se refieren a estos grupos sociales; en el Ecuador cuando se dice “los de poncho” se hace referencia a los que forman parte de estratos sociales bajos, sobre todo campesinos. Suele decirse que las leyes que implican obligaciones solo funcionan para los de poncho. Debido a que determinadas prendas, como las pelucas, podían ser solo usadas por los integrantes de la nobleza, el término “pelucón” designa a quienes son parte de altas jerarquías.

En los últimos tiempos, sobre todo en la civilización occidental, la moda se caracteriza por su transitoriedad y rápido cambio. El título del libro de Gilles Lipovetsky “El Imperio de lo Efímero” analiza cuan poca duración tiene la moda en el vestuario y su poder en estamentos elevados de cada sociedad. Los encargados de realizar los cambios son los diseñadores cuyo peso en los usuarios depende del renombre que hayan alcanzado en sus modelos. La permanencia de la moda tiene corta duración ya que es aceptada por sectores pudientes de la sociedad y que luego se incorporan a grupos menos elevados. El término “pasado de moda” se refiere a estas formas de uso según la novedad de las innovaciones.

Contra corriente a esta tónica de la vestimenta para establecer diferencias sociales y de categorías, se dan procesos homogenizados. En nuestro tiempo la “bluejeanización” es un caso evidente. Esta prenda de vestir identificaba a trabajadores del campo en Estados Unidos, sobre todo a los que estaban vinculados a la ganadería. En la

década de los sesenta, en ese país, en el proceso de protesta contra los formalismos sociales, personas de las ciudades comenzaron a vestir bluejeans como símbolo de la informalidad ante la simbología social de la vestimenta. Esta prenda, sin que se den las condiciones para la protesta, se ha extendido en el mundo, especialmente en el hemisferio occidental, como un medio para acabar con las diferenciaciones sociales expresadas por el vestido, superando los patrones de género y condición económica y con el afán, consciente o inconsciente, de expresar alguna forma de igualdad basada, según afirman muchos de l@s que lo usan, en la comodidad. Esta manifestación que se arraigó en los centros urbanos se ha extendido a amplios sectores campesi-



nos. Se puede hablar de la función de los uniformes, en este caso sin necesidad de pertenecer a determinados sectores de la comunidad.

El vestido, que comenzó siendo un medio para protegerse de los rigores del clima, ha sido un muy rico receptáculo de símbolos cuyo mensaje se refiere a múltiples diversidades de las personas y grupos humanos, actitudes frente a normas establecidas, e indicador de papeles que se representan en diversas situaciones. El componente pudor se da prácticamente en todas las culturas, siendo el vestido un medio para responder a esta necesidad social estableciendo lo que hay que cubrir y descubrir en diversas situaciones y vinculado a ideas y creencias “pecaminosas”. En el mundo animal no se dan estas restricciones, la desnudez es el estado normal y mirar muy excepcionalmente a un animal usando vestidos, nos parece extraño y anormal. En algunos casos, la vestimenta humana que desafía las reglas de pudor, nos hacen pensar que se trata de retornar al mono desnudo que fuimos. n

Bibliografía consultada

- Freyre Gilberto, "Modos de Homen & Modas de Mulher", Editora Record, Río de Janeiro, 1986
- Livpovetsky Pilles, "El Imperio de lo Efímero", Anagrama, Barcelona 2002
- Racinet Auguste, "The Complete Costume History", Taschen GMBH, Köln 2003
- Toussaint Smat Miguelonne, "Historia, Técnicas y Moral del Vestido", (3T.) Alianza Editorial, Madrid 1994
- Zecchetto Victorino, "La Danza de los Signos", La Crujía, Buenos Aires